

“¡ Bellas son como ningunas
Las flores que te engalanan,
Y las naves que te cruzan,
Y las aves que te cantan;
Y bellos los caseríos
Que del bosque entre las ramas,
Como nidos de palomas
En tu orilla se levantan.

“Bellas, sí!—Pero yo diera
Tus encantos y tus galas,
Tus pueblos y tus bajeles,
Tus flores y tus montañas,
Y las nubes de colores
Que en tu cauce se retratan,
Por ver tan solo un momento
Del Cáuto las claras aguas.

“¡ El Cáuto!—¡ Cómo se agita
Llena de emoci3n el alma
Al evocar en la ausencia
Los recuerdos de la patria!
¡ Cómo de dolor henchida
La imaginaci3n se exalta,
Al recordar los lugares
En que pasó nuestra infancia!

“Si ver pudiera los campos
De mi tierra infortunada;
Si bajo el coposo mango,
Sentado allá en la sabána,

Escuchara en el silencio
De alguna noche estrellada,
La tórtola cuando llora,
El ruiseñor cuando canta;

“Si á lo léjos en el monte
Viera las índicas palmas
Que inclinan las verdes pencas
Al suave soplo del aura,
Y ent3nces la voz oyera,
Perdida allá en la distancia,
Del *montero* enamorado
Cantando dulce trovada;

“Si ver pudiera las flores
Que bordan nuestras montañas,
Los lirios en el arroyo,
El bambú junto á la playa,
Los plátanos en el valle,
El ganado en la sabána,
Los cafetos en la loma
Y en la llanura las cañas,

“¡ Oh cómo de gozo lleno
El corazon palpitará,
Y cuán alegre las cuerdas
Pulsará ent3nces del arpa;
Pero léjos de mi Cuba,
Proscripto y en tierra extraña,
Tan solo llanto en los ojos
Tengo y dolor en el alma . . .”

Así, mirando una tarde
 Del Hudson las claras aguas,
 Un desterrado cubano
 Se acordaba de su patria,
 Y era su trovada triste
 Y cantándola lloraba.
Tan lejos ¡ay! de su tierra
Como él ¡quién no llorara!

PEDRO SANTACILIA.

Hubo un momento de silencio: pasó sollozando en el horizonte de nuestras almas, la memoria de la patria.

Terminada la comida, espí un momento para escaparme, porque tenía resuelto no despedirme de aquella casa, á la que tanto debí y á la que amo tanto

Me escapé al fin, sin que nadie lo apercibiese, y al hallarme solo en la sombría calle 26, oyendo á lo lejos, como las caídas de agua de la montaña, el rumor de las avenidas de la gran ciudad, no cesaba de repetir: "Amor y bendiciones para los que acogen al extranjero como á hermano, y le sientan en su hogar y calientan su corazón con el cariño. Que la prosperidad les acompañe, y que la salud y el contento aderecen su mesa y hagan mullido su lecho de descanso; que la virtud y la sabiduría estrechen á su seno á las hijas y á los hijos de esta familia, y que la Providencia divina derrame como lluvia benéfica, sus más preciosos dones sobre esas flores de mi corazón"

Vagué unos momentos al acaso, me senté en la plaza de Madison, y veía con indiferencia de autómatas el círculo trasparente en que, á guisa de vistas disolventes, se suceden figuras, que es una forma singular de avisos.

Aquella fantasmagoría me producía un efecto semejante á la locura: ya era una fisonomía á la que yo encontraba semejanza estrambótica; ya un barco medio hundiéndose, que yo traducía por agüero de futuro naufragio; ya unos gorritos de niños, que yo animaba con los cabellos rubios y los rostros angélicos de mis nietecitos: aquella vista me hacía mal.

Tomé, pues, la calle de Broadway para dirigirme á mi hotel.

Serían las doce de la noche, y los aparadores de las mil tiendas, en la parte alta de la ciudad, estaban abiertos, como si se quisiera dar un chasco á la noche.

Vino á mi mente la idea de hacer compras para los chicos, y no pude hacerlo: esto me condenó á un positivo martirio las horas negras revolaban sobre mi cabeza con sus alas de cuervo.

Al pasar por lo que se llama *Panadería de Viena*, que estaba luciente y concurrida como un salón de baile, quise tomar un refresco.

Es de advertir que la *Panadería de Viena* se llama así, porque allí se fabrica pan exquisito, especial, como no lo había comido en mi vida; pero en realidad es uno de los más elegantes cafés de Nueva-York.

La *Panadería de Viena* está situada en un recodo de la calle 9 que da á Broadway; el ángulo está guarnecido de un hermoso barandal de hierro, que resguarda un pintoresco jardín, en que hay un techo saliente sostenido por delgadas y esbeltas columnas, y del que cuelga una profusa cortina de lona.

Entre las flores, arbustos y macetas del jardín, se ven re-

partidas simétricamente, mesitas con su tabla de mármol y sus piés de fierro.

Los efectos que se sirven en el café de Viena, son de la mejor calidad.

Mi curiosidad se despertaba al ver servir los chocolates en grandes tazas, sumamente aguado y con cucharita, como si fuera *thé*.

Me caía en gracia ver llegar á los criados por su helado, que no sé por qué le llaman (ladrillo helado), y el criado, ó el caballero, ó la *lady*, lo conducian muy orondos, hecho piedra realmente, en su cajita de carton; y me divertía la canastita curiosa de mimbres en que se sirve el pan, y la servilletita cuadrada de alemanisco, con sus rayas encarnadas, que solo sirve para limpiar los dedos y la boca, y no como fungen las servilletas en nuestras mesas.

Sombría, hondamente sombría estaba mi alma, y no me puedo dar cuenta de por qué, ansiando tanto volver á México y sintiendo en medio de aquel bullicio, hasta mis huesos, el frío del aislamiento, hacia mi partida con tristeza, como si me esperasen á la entrada de la patria más hondas penas de las que yo sufría.

En los salones en que se advierte que se reciben señoras y caballeros, no hay cantina, reina la mayor compostura y son frecuentados por culta sociedad.

Algunos jóvenes, de regreso de los teatros y sus correrías; algunas parejas afortunadas cantando en voz baja el eterno y siempre nuevo duo del "yo te amo;" los picos del gas reverberante, pero alumbrando fisonomías soñolientas y flores como dormidas sobre sus tallos, todo tenía singular aspecto.

Al retirarme de aquel sitio, me pareció oír voces en español en una mesita colocada á la sombra; acerquéme con cierta confianza, porque yo no sé por qué dí y tomé en Nueva-York, que todos los que hablasen español tenían de ser mis amigos íntimos por fuerza.

En esta vez no salió fallida mi extravagante regla: en aquella mesita, y departiendo muy amigablemente, se encontraban mis amigos Manuel Romero Rubio é Ignacio Mariscal, á quienes, en union de Juan José Baz, había visto en la mañana en el consulado.

Dos de estos amigos, Romero y Baz, desentendiéndose los antecedentes que nos reunian en el extranjero, atentos solo á los recuerdos de afecto, y acaso en vista de mi mala posicion, fueron para conmigo finos y hermanables.

Baz, ántes, con esa franqueza que forma el fondo de su carácter, había encontrado á mi hijo Francisco en la calle, y sin esperar saludo ni cumplimiento, le llamó.

—Ven acá; tú no has de tener dinero; que nada te falte; aquí me tienes, pídemelo; poco te importa que esté ó no contento con tu padre; tú eres su hijo y él es mi amigo.

Romero fué lo mismo conmigo, y cuando supo que hacía apuntaciones, que buscaba noticias, se hizo mi colaborador. De Mariscal ni se diga, lo quiero con el alma, tengo idea que es de los hombres que nos han hecho honor en el extranjero; él ha sido mi consultor y le debo muchas de las observaciones que pueden tener mérito en esta obrilla.

—¿No tomas nada?

—Ya tomé una grosella.

—Siéntese vd.

—¿Pronto la marcha?

—Muy pronto.

—En fin, y se puede decir, replicaba Romero, que has visto todo por encima, sin detenerte en nada.

—Para detenerme necesitaba yo, como vd., decía yo á Mariscal, vivir ocho ó diez años en Nueva-York.

—¿Viste por fin la casa de Appleton?

—La ví y tengo ya mis apuntaciones.

—¿Y el Correo?

—Consta en mi cartera.

—¿Y la Escuela de ciegos?

—Idem.

—¿Y la de sordo-mudos?

—La ví y no la estudié, porque de esos establecimientos conocemos por lo que hemos leído de Europa, porque la escuela de México da idea de estos adelantamientos, y sobre todo, porque cuando supe que tú habias ido, tuve esperanza de que me darias detalles.

—Los detalles, continuó Manuel, serian frios y no tendrían interes; los procedimientos de la enseñanza ya los conoces; pero puesto que lo quieres, te contaré mis *Impresiones de viaje*:

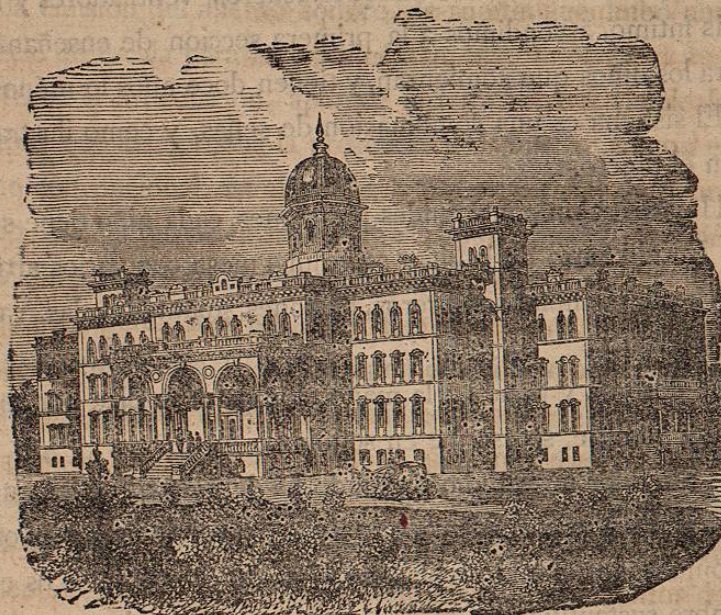
“Se me habian hecho grandes elogios de la institucion de sordo-mudos, proyectada en 1817, planteada en el de 1818, y que tuvo por uno de los primeros presidentes de su Junta Directiva, á Cliton.

“Desarrolló un plan completo de mejoras en 1831, Mr. Henry P. Peet, y hoy cuenta 400 pupilos en un hermosísimo edificio, en el centro de un parque, en Washington Heigts, número 162.

“De los treinta profesores del establecimiento, quince son sordo-mudos.

“Aunque la institucion se instaló y subsiste de la beneficencia privada, hoy la Legislatura la subvenciona y el Estado de Jersey mantiene allí cincuenta niños.”

—Después de esa introduccion, ya te supongo de viaje.



ASILO DE SORDO-MUDOS.

—Te equivocas, he hecho ya el viaje, y mi charla de guía fué para entretenerte en el camino.

Estamos á la puerta del grandioso edificio, y digo estamos, porque lo visitaba en compañía de otros mexicanos.

Saliónos á recibir el médico del establecimiento y otros caballeros (los supongo directores), que nos trataron con aquella finura y atenciones con que tratan á todos los viajeros.

Comenzaron aquellos señores por enseñarnos las oficinas todas del servicio del establecimiento, haciendo curiosas reseñas de la organización administrativa; ya conoces esto: la cocina con todas sus secciones, comunicación de vapor, tubos, asadores, etc., la lavandería, el comedor, todo perfectamente aseado.

Después de recorrer estanques, leñeros, ventiladores y lo más íntimo, ascendimos á la primera sección de enseñanza para los niños que comienzan, y tienen doce años lo ménos.

El sistema es una combinación de señas, y como ilustración el objeto.

Hay un salón con grandes pizarrones, cada niño tiene su jís. En el centro de la pieza se ve una mesa con varios artículos; por ejemplo, sombreros, bastones, guantes, velas, vasos, etc.

Se designa y tiene en la mano el objeto, se dice por señas su nombre, se escribe en seguida.

—Sin duda un estudio profundo ha demostrado á los autores del sistema, añadí yo, que nosotros percibimos grupos ó conjuntos y que la particularización de esos objetos es el nombre sustantivo: así se podrán comparar dos bastones y los distinguirá el adjetivo, etc.

Para cerciorarse el profesor de si ha comprendido el discípulo, escribe el nombre del objeto y el niño lo designa ó lo conduce.

Después, por medio de cambio de lugares de los objetos, da idea del verbo, que es el enlace de los nombres, su acción y la vida del idioma.

Esto puede decirse que es lo rudimental; pero el apoteosis del esfuerzo humano, la lucha con el infortunio, estriba

en hacer hablar á los sordo-mudos, y esto, aunque lo habia oído decir, me maravilló.

Careciendo el discípulo de idea del sonido, no se pudo aprovechar ese elemento; pero se aprovecharon las ideas de los signos y se inventaron figuras que correspondiesen á los movimientos de los labios, á la posición de la lengua y á la emisión del aliento sonoro, de suerte que hubo una especie de escala para las vocales, etc.

Hecha la articulación, aparece la letra y hace visible la palabra que comprueba la presencia del objeto, así con el signo convencional, así al frente, y el preceptor delante armado de infinita paciencia, balbute "papá," "mamá," "amo," y palabras fáciles como "baba," "papa," "ama," etc.

En este ejercicio se adiestran tanto los niños, que por el movimiento de los labios comprenden á sus preceptores, platican y entran en perfecta comunicación.

—Yo no sé, continuó Romero, por qué me conmovió tanto aquella gloriosa restitución del hombre á la sociedad.

El sabio y venerable preceptor nos pidió, sin duda para presentarnos una prueba especial de los adelantamientos de sus discípulos, que escribiésemos alguna cosa para que lo repitiese una preciosa niña, brillante de inteligencia y hermosura.

Un amigo escribió no sé qué sentencia en español.

Aquello lo tradujo la niña en sus signos, y articuló la sentencia en español, con la misma propiedad que uno de nosotros.

Entramos por último al salón de adultos, que alumbraban rasgadas ventanas, y que columnas, muebles, plataformas y techumbre, eran grandiosos.

El director nos presentó á sus discípulos como mexicanos notables, con expresiones de cortesía.

En seguida ordenó que escribiesen alguna cosa alusiva á nuestro país.

Cientos de manecitas como palomas con sus picos blancos, volaron sobre los pizarrones, y dejaron líneas como huellas de su tránsito.

¡Qué elevacion de ideas! ¡qué conocimiento de nuestra historia! Muchas inscripciones decian, que algunos creian que habia diferencias entre su nacion y la nuestra, que dios era la paz, y el triunfo de la razon y la justicia, la grande aspiracion de los pueblos . . . !

Repito, dijo para terminar Romero, que yo estaba abismado y que nunca olvidaré mi visita á la institucion de *sordomudos*. Esta es la causa porque lamentaba que la hubieses mentado de paso, y que no te hubieses detenido á examinarla.

Dí las gracias á mis amigos por sus atenciones, y me retiré al hotel, que estaba sepultado en profundo sueño Ardia, sin embargo, la luz de la desconocida de la leyenda de *la Monja* ¿Me detengo? ¿Disparo contra esa puerta un *adios* postrero que tiemble el mundo . . . ? Juicio, *Fidelillo*, y á dormir.

Dormí muy poco y con extremada agitacion. Antes del alba, Maguet estaba de pié junto á la mesita en que yo escribia, poniéndome la mano en la frente, con aquella su tiesura de palo, para cerciorarse si estaba yo enfermo: por sí ó

por no, me llevaba un tazon de té en que cómodamente me hubiera podido dar un baño.

Con mucha formalidad, y siguiendo una espontánea inspiracion de mi gratitud y mi ternura, me puse á escribir los nombres de aquellas personas con quienes tenia obligaciones contraidas y á las que deseaba decir adios, fuera de aquellos de quienes he hecho especial mencion.

El Sr. Dana, director del *Sun*, y persona en quien no se sabe qué admirar más, si la probidad ó el talento, fué la primera persona que ocupó mi lista.

Le merecí franca y leal amistad; pero además, todo mexicano le debe especial consideracion.

Por un sentimiento espontáneo de simpatía, porque estén de acuerdo con sus ideas las que nosotros defendemos, ó por lo que se quiera, jamás se tratarán las cuestiones de México, sin que M. Dana esté de nuestra parte, con un conocimiento exacto de las cosas y con admirable desinteres.

Los Sres. García, de *Las Novedades*; los redactores de *La Voz de Cuba*; el Sr. Macías y otros literatos distinguidos, merecen mi profundo reconocimiento.

Los Sres. Cisneros, Aguilar, Agramonte, Jardines, Roselló, á todos queria hacer patente mi reconocimiento, y me disponia á salir, cuando Francisco, que habia arreglado lo conducente á la marcha, me dijo que queria que le acompañase á tomar los boletos.

Emprendimos el viaje hasta la parte baja de la ciudad, en donde están los despachos de líneas de vapores, ferrocarriles, *express*, y como quien dice, las llaves para abrir todas las puertas del mundo.

Cuartos y salones extensos tapizados de mapas, guías,